

Bajo el mismo cielo

Juan Brennis

JUAN BRENNIS



Bajo el mismo cielo

Capítulo 1

Luís Héroe le hablaba a Vicente Zarro, que se frotaba las manos y se sonaba los dedos. Tenía las botas con barro. En el fondo de la casa, pegada a la medianera, se abría la zanja. Había ido excavando por tramos, tratando que le quedara parejo, no más de cincuenta centímetros; le importaba no cortar de más el terreno para cuidar el pasto, que era nuevo y que le encantaba mirar desde la ventana de la cocina, pero igual sentía que las manos le temblaban cuando metía la pala, y se inclinaba en el nuevo agujero que se abría en la tierra para comprobar que todo estaba bien. Así se le iba la ansiedad (traía de su patria la obsesión familiar).

—Tomá, ya lo leí —tuvo que repetirlo un par de veces —Hoy llegué tardísimo a casa, o muy temprano —había dicho Luís Héroe, su abogado, extendiéndole el diario que tenía debajo del brazo e interrumpiendo su pensamiento—, el diariero ya abría el kiosco y aproveché para comprar uno. Después, me atraganté mientras desayunaba, pero no puedo echarle la culpa a él, aunque podría pegar un papel como advertencia para que uno evitase leer la misma mierda de siempre. En fin. Tomá, ya lo leí —y apoyó el diario en el piso para que Vicente Zarro se parara encima, y siguió hablando de su visión del país, de qué cosas se podían hacer, aunque nadie quería hacerlo porque nadie quería mancharse de barro (y señaló las botas de Vicente, le dijo que tal vez su llegada era como la del mesías, y se rió de su propio chiste).

Vicente Zarro se sacó las botas y las puso al costado. Lo hizo con delicadeza, tratando de acomodarlas de forma simétrica. No escuchó la primera parte.

—¿Eh? ¿De cuál sos? —Luís Héroe hablaba de los signos del zodiaco, y estaba seguro de que Vicente Zarro era de Virgo, lo sentía profundamente mientras lo veía acomodar su calzado; pensaba en la casa, correctamente ubicada y ordenada, todo en su sitio, todo funcionando de la mejor manera, y se acordaba de la presentación que Vicente le había dado de su propio caso, de forma lógica y analítica, clasificando y ubicando todo como se debía.

—De virgo.

—Entonces el trámite es más fácil —sonrió.

Pero Vicente Zarro le contestó que ya le daba igual, con tal de que no le hicieran problemas por la casa. Después tomaron una Sprite y Vicente Zarro fumó un cigarrillo, que intercalaba entre sorbo y sorbo, sin soltar el cigarrillo, sosteniendo las dos cosas con una sola mano. Hablaron de los problemas que había en la zona: que no paraban de construir edificios

y que a veces era un poco oscuro, pero eso no significaba que era un barrio inseguro.

—Nosotros vivimos desde hace quince años acá —dijo Luís Héroe refiriéndose a su familia —y no tenemos quejas. Además, nos hace acordar a la calle donde vivíamos en Uruguay.

—¿Oyes ese zumbido?

—¡Te estoy hablando mucho!

Pero Vicente Zarro había interpretado la alerta y se disponía a tapar la zanja, antes de que fuese tarde. El abogado se sintió alarmado; si alguien trabaja con semejante precisión, lo que vendrá será determinante. Le preguntó si necesitaba ayuda, pero Vicente ya había desplegado el plástico y corría a la casa. Entró golpeando la puerta con el hombro y pasó rápidamente al cuarto principal. Increíblemente, se había sacado las medias sucias antes de pisar la alfombra. Saltó por encima de la cama, se sentó en el borde del colchón y tiró de la manija del cajón. Necesitaba la llave que no estaba en los bolsillos del pantalón. Diez, nueve, ocho, siete...

—Se te cayó esto —Luís Héroe tenía una llavecita en la mano, que extendía mientras le explicaba que se le había caído cuando corría.

Cinco, cuatro, tres, dos... Vicente Zarro tiró la llave encima de la cama. Se frotó las manos y se sonó los dedos. Empezaba a reírse.

—¿Entonces? —preguntó el abogado.

Vicente le contestó como si estuviese acostumbrado a dar explicaciones. Evitó lo importante y le dijo que se había sorprendido a él mismo. Le agregó un par de risas para que no hubiese forma de suponer que la costumbre lo había traumatado, y le ofreció otra Sprite, porque el clima estaba especialmente húmedo y caluroso. Se sentaron en la cocina a tomar. El abogado abrió la botella y señaló la ventana. Afuera estaba oscuro de golpe.

—Así son las cosas —habló Luís Héroe sirviendo nuevamente los vasos —Pero tranqui, en tres meses, a más tardar, se soluciona. Lo otro, como ya te dije, es una simpleza en tribunales —sonrió —Lo importante es que la casa te está quedando re linda —y tomó el líquido de un trago.

Mientras, Vicente Zarro prendía un cigarrillo y miraba el mismo cielo y la lluvia. Se acordaba de cuando era chico y la chacra de sus padres se inundaba. Había que correr al cuarto y agarrar la llave que abría el corralón para que los animales no muriesen ahogados.